

Que el tipo era feo, era feo.

Lo curioso es que pocos de los que lo conocían, habían reparado en ello. Yo me di cuenta cuando una chica del grupo de analista me preguntó como era. "Físicamente", explicitó. Y ahí tuve que decirle, reconociendo recién en ese momento su fealdad, que lo que sobresalía de su pequeña cara era una nariz grande, roja, terminada en una papa sanguinolienta, que sus ojos eran pequeñitos circundados por unas ojeras que eran varios pliegues superpuestos y que los cachetes estaban veteados por pequeñas venitas rojas. Y eso que no le seguí describiendo el pelo gris y blanco, abundante por acá, escaso por allá ni de su cuerpo frágil, casi de niño, que uno adivinaba que si lo veía en pelotas mostraría el pellejo colgándole de todas partes, sobretodo <sup>de</sup> ahí.

Pero nadie hablaba de la fealdad evidente de don Federico. Nadie que lo conociera, por supuesto, porque eran pocos de los centenares de empleados que vivían para él y de él dependían que lo habían visto. Llegaba el primero a su oficina y se iba cuando solo quedaba el celador, la muchacha del aseo y, por cierto, yo. De lo que se hablaba era de su fortuna, de su ojo para los negocios y, sobretodo, de su poder. Ahora que lo pienso bien, casi era una leyenda, pero una leyenda de la que tampoco se hablaba mucho, porque fuera de inventariar negocios poco había que decir de él. Yo, que sabía algunas cosas, no me preocupaba de su vida, sino de hacer bien mi trabajo, de decirle "don Federico" y nunca "señor Carrasco", porque el día que se lo dije, recién principiando a ejercer mis funciones de analista jefe, me miró con sus ojos pequeñitos como si quisiera traspasarme y se limitó a decirme: "Me llamo Federico". Alguna vez oí decir que esa idea de que no lo llaman por su apellido, nacía de que su padre había sido capataz o algo así en unas minas de carbón en el norte y que nadie nunca supo su nombre porque sólo lo llamaban como Carrasco. Patronos y obreros. Y esa falta de nombre propio, esa ausencia de identificación personal, había sido heredada en los primeros años -los del colegio- por su único y enclenque hijo que para todos los lugareños sólo fué Carrasquito. No sé de donde habrán scadao la historia, ni menos quien me la contó, pero debe ser cierta. Después de esa vez, nunca más lo llamé por su apellido .

Que cómo hizo su fortuna, ~~xxxxxx~~ tampoco estaba muy claro, lo que era claro era cómo la hacía ahora. Implemente comprando y vendiendo. Pero lo que él compraba y vendía no era de lo que compra cualquier mortal, ni el lugar donde él compraba y vendía no estaba circunscrito por límites ni fronteras. Compraba aquello que iba a escasear en unos meses más y vendía cuando llegaba el momento lo que había comprado y ahora estaba escaso. Y eso en todo el mundo. La oficina como él llamaba el edificio donde se albergaba la empresa, más parecía una agencia noticiosa: telex, cables, archivos y todo lo necesario para tener información. Computadores también, claro está y para procesar toda esa información un grupo de profesionales de todas las áreas, los analistas, y a cargo del grupo, yo. Yo que me gradué con tres coloradas en Economía y en Derecho, que me dieron el Premio Francisco Cuevas y que mi fotografía salió en los diarios mientras estudiaba porque decían que era "el hombre del futuro" y al que recién grduado me mandaron a llamar para que trabajara con Don Federico como Jefe de Analista. Buena

pega, buen trabajo, buen sueldo y, sobretodo, lo suficiente seguro para no dar un mal paso al que le tenía terror, porque por más que tuviera las tres coloradas en todos los ramos de las dos carreras, el Premio Francisco Cuevas y los periodistas hubieran dicho de mí que era el "hombre del futuro", sabía para lo que servía y no servía. Servía para estudiar, pero no servía para manejar melas en el mundo. Y era mejor estar ahí de Jefe de Analista de Don Federico, que tratando de bandear melas por mi cuenta para que después los mismos periodistas dijeran que me había apestado.

Lo que tenía que hacer era un informe sucinto de lo más importante todos los días y otro más completo semanal. Ahí ponía todas las catástrofes que sucedían en el mundo, las tendencias políticas que se iban imponiendo en los países y se lo pasaba a don Federico. El decía que ese era su periódico de la semana siguiente. Todas las mañanas tenía mi informe que era el resumen del informe de los analistas de los distintos sectores y se encerraba a estudiarlo. Dos horas. Dos horas sagradas todas las mañanas. Y, después, daba las órdenes. El informe semanal se lo entregaba ~~ya~~ en la tarde del ~~Sábado~~ Viernes y mientras uno se daba la buena vida el fin de semana, el viejo se quedaba solo en la oficina, solo mi alma, salvo el celador y estudiaba y decidía. Compraba y vendía. "Como un falte", solía decir, pero él no se movía de su escritorio, no iba a los campos y no convenía a nadie. Le bastaba el telex, la radio y sus agentes. Alguna vez pensé que ese hombre no trabajaba, sino que jugaba a la lotería todos los días, pero no tenía emoción: ganaba. Ganaba siempre.

Pero si estoy contando todo esto es por algo. Necesito ordenarlo, ~~saxaxixaxix~~ sacarme de encima, darme cuenta que fué lo que sucedió. Todo estaba ordenado y de pronto se desbarajustó. O mejor, no sucedió de pronto, sino paulatinamente, pero yo creo que alguien tenía un plan trazado.

A mí me parece que el principio de todo, fué cuando yo me atreví, por fin, a insinuarle a don Federico que tenía mucha pega, que ya eran varios los fines de semana que también yo, tenía que estar dándole vuelta en mi casa a los telex, a los diarios extranjeros, a los informes de los agentes y que me estaba volviendo un poco torpe y que el grupo de analistas había crecido mucho y que necesitaba un Subjefe para que me secundara. El viejo (bueno, tan viejo no era, pero le calculo que entonces tenía entre los 50 y los 60, no sé más cerca de qué, tal vez, en el medio) pareció no darme pelota y me preguntó si estaba confirmada esa inundación en las plantaciones de Tanzania y yo, claro, no le volví a hablar del asunto dispuesto a apechugar hasta donde pudiera, pero un par de meses después, sorpresivamente, don Federico me dijo que habría que abrir un concurso para la Subjefatura de análisis. Yo le hablé de Fulano y de Perengano, gente macanuda que estaba en el cuerpo de analistas, pero él me dijo que no, que cuando ~~éx~~ alguien estaba haciendo bien su trabajo, no había que moverlo y que cuando alguien lo hacía mal, había que echarlo. Así es que lo mejor era buscar alguien de afuera, como lo había hecho conmigo. Y que me asegurara que la persona fuera brillante y joven, así es que redacté unas bases para el concurso y principié a entrevistara ~~x~~ jóvenes profesionales que sus profesores aseguraban que habían sido lumbreras, que tenían un futuro por delante y, lo más importante para don Federico, que no tenían un pasado por detrás.

Para que nadie se forme una impresión errónea, tengo que declarar enfáticamente que soy un hombre serio. Es un hecho objetivo, no estoy sobrevalorándome. Serio hasta donde uno puede ser. Estoy casado y tengo dos hijos. El menor todavía no va al Kindergarten y el otro está en preparatorias. Y en cuanto a mi mujer, la conocí en la Escuela de Economía, pololeamos, nos casamos y salvo cuando se trató de comprarle un auto para ella, nunca hemos tenido una discusión seria. Lo del auto se resolvió en la forma como ella quería, aún cuando es obvio que en vez de un auto europeo como el que ella eligió, era más seguro un Dodge con el que ningún otro auto la podría hacer papillas. En cambio, uno ahora anda con el credo en la boca.

Yo creo que fué con seriedad que yo resolví el concurso. Los antecedentes de Rosa Canales eran de primera, además, a primera vista, se veía que era una mujer despierta y si dudé de darle el puesto a ella, fué por su traste: grandioso. Además se veía que la chiqueilla era como corta de cutis. Se le veía en la cara morena, en esa piel gruesa y lisa, <sup>estirada,</sup> que seguramente se extendía más allá de su escote. Pero, ahora, que trato de ser sincero, que estoy revisando los hechos desapasionadamente, me entra la sospecha que lo del traste no fué una duda que afectara sus impresionantes antecedentes académicos, sino en definitiva, tres coloradas más que anoté en algún oscuro rincón de mi cerebro y que al final decidió su postulación sobre la de Rodrigo Galván, con las mismas coloradas, los mismos antecedentes, el mismo Premio Francisco Cuevas, del año anterior al de ella, pero sin su traste.

- ¿Una mujer?

Los ojillos ojerosos de Don Federico me perforaron mientras hacía la pregunta y, por cierto, yo le hablé de las coloradas, de las recomendaciones de los profesores y de todo lo demás.

- ¿Y este otro?

Fuí honrado. Le dije que Rodrigo Galván tenía los mismos antecedentes, las mismas coloradas, las mismas recomendaciones, pero que ante este virtual empate me había dejado llevar por mi impresión personal: "Rosa Canales es más brillante", le dije y como él usó el mismo adjetivo que había empleado él cuando me autorizó la contratación, no hubo un rastro de vacilación cuando me ordenó: "Contrátela".

Y lo hice.

Transcurrieron como cuatro meses sin que sucediera nada especial. Rosa Canales no sólo era brillante, era trabajadora también. Tanto, que hubiera olvidado sus redondeces si no fuera porque de vez en vez ella me las hacía notar. Pero eso era todo. Y en medio de tanta noticia del mundo que había que ordenar y jerarquizar para que don Federico se decidiera cuando había que comprar papas y cuando venderlas, cuando el oro iba a escasear y cuando iba a estar más botado que guijarros en el camino, era agradable, de vez en vez, sumir los ojos en las ancas de Rosa y tratar de adivinar en la textura del tejido de la falta, la otra textura.

No recuerdo que don Federico me haya preguntado alguna vez por ella. Seguía siendo yo el único que entraba a su oficina y comentaba las informaciones. Rosa tampoco parecía tener mucha curiosidad por conocerlo y si tenía que referirse a él, lo llamaba el Todopoderoso y a mí, me llamaba el Poderoso.

- Dime, Poderoso, como relacionarías este terremoto en el Irán con el precio

del petróleo?

A los cuatro meses de estar trabajando conmigo, Rosa dominaba su oficio. No creo que haya sido una coincidencia que fué, a los cuatro meses, que sucedió lo que sucedió. No, no fué ninguna cosa aparatosa, pero pensándolo bien fué el principio de todo. Nos habíamos quedado hasta tarde, como siempre, y era invierno. Nos íbamos. Estábamos solos. Fui a la percha a buscar mi abrigo y ella me acompañó a buscar el suyo. Saqué el mío y, por primera vez en todo este tiempo, ella me lo sacó de las manos para ayudarme a ponérmelo. Estiré el brazo para calzarlo en la manga y cuando mi mano salió del socavón, en vez de que mis dedos quedaran en el air, se encontraron con la consistencia de un seno. No eso no era un seno, ni una teta, ni una pechuga, era un continente suave, duro y muelle, torneado como un ánfora... ¡qué ánfora ni ocho cuarto! Era un seno libre de brassie cuyo pezón hacía cosquillas a mis dedos. Sí, me detuve más de lo que era permisible a un casual encuentro de mis dedos con su pecho, pero no fué tan largo el instante como para que no pudieramos ambos fingir que no lo habíamos advertido, pero cuando metí mi otro brazo por el socavón de la manga, mi mano izquierda no iba a ciegas, iba buscando también el seno izquierdo de Rosa. Y lo encontró. Y cuando me volví, ahí estaba ella sonriente, desafiante y juro que fué ella quien se acercó a besarme y en ese beso la sentí llegar casi al orgasmo mientras decía bajito y respirando corto: "Poderoso, poderoso".